

AÑO 1.º

Santiago - 10 de Diciembre - de 1890.

N.º 4

LA PEQUEÑA PATRIA

REVISTA DE

Literatura ^{DE} Ciencias y Artes

CONTINUACION DE

GALICIA HUMORISTICA

DIRECTORES-PROPIETARIOS

ENRIQUE LABARTA POSE - JOSÉ TARRIO GARCÍA



[Handwritten signature]



SUMARIO.

Texto.—*Gallegos distinguidos*, por Torcuato Ulloa.—*Conversación decenal*, por J. Tarrío García.—*¿Qué será?* por Filomena Dato Mnruais.—*Fruta del tiempo*, por Ignacio García Sánchez.—*(De una comedia inédita)* por Nicanor Rey Díaz.—*Os aparecidos*, por Antonio de la Iglesia.—*Epitafios*, por Jesús Mruuais.—*El hombre de la foca*, (continuación) por Marcelino Sors.—*O prémeo gordo de Navidá*, por Enrique Labarta Pose.—*Charadas*.

Grabados.—*Retrato de Eugenio Montero Rios*, por Benigno L. Sanmartin.

GALLEGOS DISTINGUIDOS.

EUGENIO MONTERO RIOS

Entre los hombres que más honran á la tierra gallega y más enaltecen el nombre del país en que han nacido, figura ocupando preferente lugar; el hijo esclarecido de la ciudad Compostelana.

Jurisconsulto ilustre, hombre público de importancia y prestigio que pocos alcanzan en tan alto grado, eminente en la ciencia, profundo pensador, es Montero Rios, para todos los españoles, una gloria nacional, y y objeto de admiración y de cariño para todos los gallegos.

Basta volver los ojos á su pasado y fijar la vista en su presente, para que el espíritu más hostil al reconocimiento de los agenos méritos, se vea obligado á rendir homenaje al respetable hombre público cuya historia no cabría, ni aun esbozada en perfiles generales, en el reducido espacio dedicado á estas líneas.

Trataríamos de recordarla aquí, y no habríamos de aportar ni un solo dato nuevo.

Todos saben de los éxitos brillantes de sus estudios; nadie ignora como se acrecentó su fama de hombre de saber cuando explicó en las cátedras de las Universidades de Oviedo, de Santiago y de Madrid la ciencia del Derecho; no se discute el acierto con que Ruiz Zorrilla pidió que se le nombrase Subsecretario de Gracia y Justicia, y es alabada la que le hizo Prim obligándole á ser Ministro del mismo departamento para que así pudiese desarrollar y dar cuerpo á sus proyectos de ley luminosos y trascendentales.

Sin codicias ni ambiciones, siempre envuelto en el velo de su singular modestia, fué ocupando diferentes puestos elevados;

y si imperecedero recuerdo dejó de su paso por Gracia y Justicia, la «Ley orgánica del poder judicial» «El Matrimonio y el Registro civil» y el «Código penal» no menos indeble lo ha dejado en el Ministerio de Fomento con importantes decretos, bastantes por si solos, para dar honra y fama á cualquier hombre de Gobierno.

Su vida política que arranca de los memorables movimientos del 68: esa vida tan fecunda en luminosas doctrinas, y en numerosos triunfos, tuvo, ha poco, un breve paréntesis, la tréguva necesaria á quien, des pues de tan colosal esfuerzo, iba á ocupar un puesto que, por estar tan alto, se halla fuera de las agitaciones de los partidos; la presidencia del Tribunal Supremo de Justicia.

Poco tiempo permaneció en el codiciado sitio para que puedan exigirse mayores pruebas de rectitud y de justicia que las que pudo ofrecer durante toda una vida de honradez inmaculada que le ha rodeado siempre como nimbo de luz jamás empañado por un so o átomo impuro.

Valió, sí, su nuevo cargo, para que, brillando con mayor intensidad su prestigio diese una muestra palmaria de extrema delicadeza, tachada de locura, abandonando la presidencia del Tribunal Supremo para defenderse de ataques fragnados en los tenebrosos laberintos de la política.

La más exagerada pulcritud hizole abandonar aquel puesto; la misma exagerada pulcritud que ha sido causa sin duda, del derrumbamiento de la dinastía de Saboya.

Mas siempre los actos que á la conciencia se ajustan alcanzan recompensa, y el ilustre canonista gallego hallóla muy cumplida en la predilección que por el sentía el Rey D. Amadeo.

La abdicación que firmó el infortunado Monarca, no fué el documento que, renunciando al trono de España escribió Olózaga. Fué el que redactó Montero Rios.

Montero ha sido el único Ministro que acompañó hasta el extranjero á D. Amadeo y el único español que ha recibido cartas del que fué Rey de España hasta momentos antes de su muerte.

Ni estos recuerdos, ni los halagos del presente, —que no lo son escasos la simpatía y el aprecio que á Montero Rios dispensa la Reina Regente, madre de Alfonso XIII— envanecen al eminente juriconsulto que tampoco ha puesto á contribución el peso de su poder y su influencia que ha podido prolongar por mucho tiempo la vida oscilante de un gobierno liberal.

Al frente del primer bufete de Madrid, al que acude la más alta aristocracia, encuentra las glorias profesionales y los pingües

resultados con que realiza las venturas materiales de su feliz hogar.

Y cuando rendido por la ruda tarea abandona la corte, busca el reposo en nuestra hermosa Galicia y cobra nuevos alientos respirando, en su espléndida quinta de Lourizán, las sanas brisas del mar, que hasta ella llegan, el ambiente embalsainado por las flores que el mismo cuida con esquisito amor, feliz y dichoso con los cariños de su amante familia ...!

¡No es tan pequeña la *pequeña pátria* de Galicia cuando en su seno tiene tan grandes hombres!

No ha mucho que en una Capital de esta región pretendía llevarse al marmol la figura de un gallego ilustre.

Bien pudiera ser Montero Rios.

Y no poco se honraría el pueblo que por tal modo lo honrase.

Forcuato Ulloa



Los espectáculos que la naturaleza nos regala ni precisan reclamos, ni han menester de pomposos car-

teles que los anuncien ni de asalariada claqué que los aplauda.

Aparecen sin previo aviso.

Cuando días pasados abandonamos el confortable lecho ya se había corrido el telón.

Compostela apareció á nuestros ojos transformada.

Habiase trocado su tono oscuro por el blanco inmaculado de la nieve... Como el de María Antonieta,

el milagro se había operado en una noche.

A pesar de la expresiva indicación del termómetro dejamos nuestro cuarto, con su atmósfera tibia y agradable, por parecernos pequeño palco para tan grande espectáculo, y salimos á la calle en íntimo y cariñoso consorcio con la capa; y hollando la blanca alfombra, tendida por los empleados de un país donde no hay burocracia que, con vergonzante eufemismo, llame, al robo filtración, llegamos al paseo de Buena vista...

¡Qué hermosísimo panorama se contemplaba desde aquel dilatado hemicíclo!

Innumerables legiones de geniecillos debieron de pasar la noche de claro en claro, sin darse punto de reposo, para dejar en todas par-

tes hermosas señales de su artístico pincel: en los menores detalles de ornamentación de nuestras joyas arquitectónicas, en el monte, en el llano, en la diminuta brizna, en el delgado alambre del telégrafo, por doquiera se veían los efectos de su pictórica labor.

¡Qué hermosa ocasión para los poetas, para los que creen parto de su ingenio lo que no es más que reminiscencias de lo elaborado por otros!

«Aquí tiene usted—me decía un utópico reformador del sistema político militante—un espectáculo que por ser visto debiera pagarse algo, pero... es de los que no tienen precio. Si lo tuviera, añadía, bien podían pagarse esos miles de duros que desembolsa nuestra Hacienda (la de ellos debió decir, en rigor) para que no se apague en España el brillo de la ópera; es decir, en la España de Madrid, porque, para ciertas cosas que todos pagamos, las cuarenta y ocho provincias restantes no son España.....»

El sol en colaboración con las escobas municipales va lentamente limpiando la fría poesía que cubre las calles de Compostela. Comprendiendo la admiración que me causaba la desusada actividad de los bomberos *involuntarios* para dejar limpias de la nieve, las aceras que conducen á la soberbia casa de nuestros ediles, acercóse á mí un curioso, y subrayando con el acento las palabras.

—No se extrañe usted, me dijo:

Los bomberos del municipio serán la negación de la agilidad y del movimiento y, todo lo que usted quiera, pero comprenden la trascendencia que tendría un resbalón de la Administración municipal.....

* * *

Con la aparición de la nevada coincidió la marcha de la *troupe* infantil.

Vayan con Dios los liliputienses artistas.

Hemos admirado la paciencia benedictina que debió de desplegar el Sr. Bosch para dar á aquellos mocosuelos barniz de actores, pero... francamente nuestra opinión está en disparidad con la emitida por gran parte de la prensa regional.

Que tales criaturas se congreguen una vez en la semana allá en sus pueblos, en casero teatrillo, para solaz de sus papás y de sus amiguitos, muy santo y muy bueno, pues la declamación y el canto son preciosos medios Ginnásticos, saludables elementos educativos que dan á los niños hábitos de distinción en el decir y en el ademán, y adquieren con ellos prematuro desparpajo para el trato social; pero de tan plausible diversión á las exigencias que lleva consigo la organización de una compañía teatral, cuyo principal objetivo es recabar la mayor suma posible de rendimientos para la empresa organizadora, media un abismo, toca ya en los linderos del abuso.

Someter la delicada compleción de niños de seis ú ocho años á lo sumo, á todos los rigores y molestias de la errabunda vida del artista, con sus viajes en todos los medios de locomoción y á cualesquiera horas del día ó de la noche lejos; del calor del hogar y del mimo materno; alimentados con el régimen de cien cocinas distintas; pasando en la atmósfera del teatro esas primeras horas de la noche, las más propias para el sueño tranquilo y reparador de los niños; expuestos á las bruscas transiciones de la temperatura, con todos esos aditamentos

de ensayos y otros trabajos que agostan su parte física, y con esas dosis de inmoralidad que aunque pequeñas, han de producir á la larga honda perturbación en su parte moral.... ¡vamos! que no me cabe en el majín que á tales lindezas se les prodigue el aplauso cuando no debiera escatimársele la censura.

Y no atenúo ni un ápice la dureza de la frase; porque no es necesario ser lince para prever que esa forma del mercantilismo catalán ha de traer, como lógica y racional se cuele, ó la afonía de los precoces cantantes, ó casos clínicos, para corroboración del maravilloso invento del Dr. Koch.

Y luego ¡escriban ustedes sendos artículos para demostrar la necesidad de reglamentar el trabajo de los niños y de crear sociedades que los protejan!!!

* * *

Las obras del mausoleo que habrá de guardar las cenizas de la eximia autora de *Follas Novas*, de la inmortal Rosalía Castro de Murguía, tocan á su término.

Aquel patriótico llamamiento hecho por el sabio Díaz de Rábago, como Director de la benemérita Sociedad Económica, que tan loable repercusión y favorable acogida hubo de obtener en esos nuestros hermanos que, lejos de la pequeña patria, viven agrupados en torno de bandera blanca de Galicia y consagrados á rendirle ferviente culto, en ese santuario que se llama *Centro Gallego de la Habana*, va á tener, muy en breve, hermosa y artística realización.

Pronto podrán admirar los destructores de nuestros artistas, tan modestos como olvidados, una gallarda muestra de sus felices aptitudes, harto acreedoras, por cierto, á la protección de que carecen.

Desperdigadas aquí y allá, hemos tenido ocasión de admirar, en el taller del apreciable artista Landeira, la mayor parte de los bloques del hermoso marmol importado de Carrara, transformados yá por el arte en las diferentes piezas que reunidas, constituirán el mausoleo, ó arco sepulcral como algunos quieren que se llame, costeado en su mayor parte por nuestros paisanos de allende el mar.

La limpieza de las molduras; la atrevida y delicada talla de las ménsulas, formadas por caprichosas hojas, por entre las cuales circula libremente el aire, destinadas al sosten de pequeñas estatuillas que cobijadas bajo elegante y airoso doselete, han de alojarse en las hornacinas de las interpilastras; los hermosos capiteles, con sus variados motivos escultóricos; las basas y los frisos, el brillo y mate del mármol y, en fin toda esa rica, fantástica y caprichosa ornamentación que constituye la clásica elegancia del arte del Renacimiento, acusan yá una obra primorosa, admirablemente entendida, que ha de dar á Landeira enviable nombre, ya que no pingües ganancias; pues cóstanos que llevado de su amor al arte, ha hecho mucho más que lo que pedía la exigua cantidad presupuestada para dicha obra.

Cuando la traslación de las cenizas de la popular y querida autora de *A probiña que está xorda* tenga lugar, sabemos que habrá de celebrarse una brillante fiesta fúnebre á la que serán invitados todos los literatos y escritores de la región.

Galicia entonces debe, y así lo hará, demostrar á los extraños á nuestra tierra, que es acreedora y digna de contar en el número de sus hijos nombres tan ilustres como los de

Rosalía Castro y Nicomedes Pastor Diaz.

El forastero ^{**} que desconociendo nuestras costumbres recorra la Atenas gallega, al ver las hogueras que elevan sus llamas hasta la altura de las casas, creará, sin duda, que algún auto de fé se celebra, ó que numerosas tropas vivaquean en sus calles.

¡Valiente chasco se lleva si tal piensa!

Aquellas fogatas no son más que la tostadura, *post mortum*, del sabroso paquidermo que se llama cédo.

La faena así practicada en la vía pública, no hablará muy en favor de la cultura de nuestra población, pero, en cambio, no puede negarse que es soberbio motivo de estudio para los cultivadores del arte de Apeles.

Aquellos matachines, con su graciosa indumentaria, descubiertos hasta el codo los velludos brazos, é iluminados á intervalos sus rostros ennegrecidos, con la luz que produce el helecho al tostar la hirsuta piel del paquidermo, son valiosísimos naturales para los aficionados á la reproducción de esos asuntos pictóricos que tanto enamoraban al belga Teniers, ó para los que quieran estudiar los efectos de luz rembranescos.

Es decir: el arte viviendo á costa de la policia urbana.

*
* *

No obstante el intenso frío reinante, el termómetro de la cultura en Galicia no acusa descenso en el calor de la inspiración de nuestros vates y escritores regionales.

Anúnciase la publicación de un libro del ático y correcto escritor Aureliano J. Pereira, editado por la Biblioteca Gallega de Martinez Salazar; y otro del periodista pontevedrés Carlos Valle, que al decir de los periódicos llevará por título *Bolios*.

Esperamos con curiosidad que el ilustrado autor de la *Historia crítica de la literatura gallega* Gonzalez Besada, nos ilustre acerca del significado del extraño título de la obra cuyo prólogo le está encomendado.

También el ilustre historiador Murguía, el Maestro (como con tanta verdad le llaman nuestros hermanos residentes en América) ocúpase estos dias sin dar apenas descanso á su cerebro, siempre activo y fecundo, en preparar para la imprenta las innumerables cuartillas que han de formar el 4.º tomo de su aurea y monumental *Historia de Galicia*.

De suerte que bien podemos terminar nuestra charla decenal con el conocido refrán:

Año de nieves, año de bienes.

J. TARRÍO GARCÍA.



¿QUÈ SERA?

Del bosque en la espesura
la lluvia torrencial
cogiólos discutiendo
con grave seriedad;
intentan de un enigma
lo oscuro descifrar.
¡Tal vez habla á sus almas
un no sentido afan!
Una palabra sola
alzó una tempestad
en su inocente pecho
¡amar...! ¿qué será amar...?
¡quién saberlo pudiera!
¡Dios mio! ¿qué será?

¿Una flor...? ¿un juguete...?
¡Un pájaro quizás!

Tal vez dentro del pecho
pudieran encontrar
la clave del enigma
que buscan con afan.
Quizás habrá encendido
esa palabra ya,
de tan hermoso templo
en el virgen altar,
un fuego inextinguible
que no se apagará.
Tal vez cuando retornen
hácia el paterno hogar,
dentro del pecho guarden,
el germen de un volcan.

Almendra Dato Muruais

FRUTA DEL TIEMPO

Calendarios.

Estamos en las postrimerías del año 1890 que, dicho sea entre paréntesis, ha venido á hacernos soportable la memoria del 89, y, ante la silueta, perceptible apenas, del 1891, que comienza á dibujarse en lontananza, germinan en nuestro ánimo dolorosos presentimientos.

Antójasele al hombre que el año que se acerca á la vida será más fecundo en calamidades y menos pródigo en venturas que el año próximo á chocar con la muerte. ¡Triste condición humana!

Con la decrepitud del año coincide la aparición del calendario.

Durante el invierno merodea por nuestras calles una verdadera plaga de vendedores de *reportorios*.

Aquí tropezamos con un ciego, al cual quitó Dios la luz de sus ojos al mismo tiempo, que le infundía el demonio una afición desmedida á la *bebida blanca*, pregonando con voz aguardentosa, entre otros artículos de escritorio.

¡*Reportorios* para el próximo año!
Bordadoña, Bordaleça, Zaragozano, así en verso y todo, porque la forma poética no desaparecerá tan pronto, digan lo que quieran Valera y demás escritores *anti-poéticos*.

Más allá es el travieso rapaz que, con la mercancía en una mano, y en la otra, un zoquete de borona que no come, devora, ofrece la primera

«Con aquella presteza, aquel agrado que va diciendo á todo el que lo advierte yo si que estoy contento con mi suerte,» sin que deje por eso de satisfacer sus pícaros instintos regalándole una cojera momentánea al primer gorguecillo que encuentra á su paso.

Cuento que este pillete es el más *ilustrado* de los verdaderos ambulantes y á la par el más simpático.

Entre guiños y piruetas se acerca al desconfiado paletó; cuenta las excelencias de aquellos librejos que *traen* nada menos la *pauta*, el *circo* solar, los *eclises* y, sobre todo, un *juicio del año* en romance, que da la hora, consiguiendo á veces con su charla lo que no pueden conseguir sus viejos rivales, con todas sus *serias* explicaciones.

-

Antiguamente apenas se conocía otro calendario que el famoso *Zaragozano*, pero hoy que tanto ha progresado la industria, son innumerables los rivales que le disputan la supremacía.

Desde el calendario anunciador, que se reparte *gratis*, hasta el de *pared*, todos han venido á reducir las ganancias de los sucesores de aquel en otros tiempos infalible astrónomo.

Lo cual concretándose á los calendarios de *pared* tiene una explicación muy fácil.

El inventor, que no ha querido legarnos su nombre (yo, á lo menos, lo ignoro) bien merece que se le levante una estátua, ahora que tantos hombres de méritos convencionales tienen la suya.

Bien se puede decir que, al inventarlos, el hombre ha comprendido al hombre.

Ante este calendario sentimos un malestar, una ansiedad indescriptibles.

Aquel mazo de apiñadas hojas manchadas con negros caracteres encierra calamidades sin cuento que irán labrando nuestro martirio á medida que vayan saliendo, poco á poco.

Pero, en compensación, atesora también el lenitivo que habrá de mitigarlas.

Arrancamos la primera hoja y desvanecemos una ilusión, pero, sin querer, la volvemos y amortigua nuestra pena la lectura de un epigrama travieso é intencionado.

Arrancamos la segunda y destruimos una esperanza, pero en el reverso de aquella hoja, la biografía de un hombre tan grande como desgraciado, nos proporciona tibio consuelo.

Porque es muy cierto que el consuelo brota siempre por modo misterioso al contacto de un parangón en el cual nos pertenece la mejor parte.

Y así un día y otro día hasta que llega el último del año y vemos desvanecidas nuestras ilusiones, deshechas nuestras esperanzas al arrancar la última hoja el último eslabón de aquella cadena de 365 eslabones.

Y otra vez vuelta á empezar: perdidas ilusiones y esperanzas, los desengaños desaparecen al cabo de algún tiempo sin dejar más huella de su paso que, en nuestra memoria, la ligera sombra de un recuerdo.

Cleopatra, viendo un día que se acercaba su última hora, buscó en las engañosas caricias de un reptil la dulzura de una muerte tranquila.

Así al hombre, que camina siempre por entre flores cuyas venenosas espinas no ve en su ceguera, suele sorprenderle la muerte con la sonrisa en los labios.

*
*
*

En estos últimos tiempos es tal el interés que ha despertado el calendario que algunas empresas periodísticas, en su justo afán de complacer al suscriptor que paga y lee, ó que paga sin leer, pero jamás al *gorrista* ó sea el que lee sin pagar, ofrecen anualmente, y á manera de estímulo, un almanaque cuya amenidad y lujo son proporcionales á la importancia de la publicación.

El Director de ésta nos ha dicho ya que LA PEQUEÑA PATRIA regalará también un

almanaque en el cual colaborarán los literatos más distinguidos de nuestra región y plato confeccionado por manos tan expertas resultará un plato exquisito.

Lástima grande que, por ahora, nos veamos privados de saborearlo, pero toda vez que el tiempo se desliza con rapidez vertiginosa, *fugaces labuntur anni*, que dijo el poeta, y además (y esto no lo dijo el mismo poeta pero lo dirá otro, Labarta) como *hac más días que longanizas*, bien se puede esperar.

Entre tanto no faltará algún boticario bondadoso que se preste á regalarnos un calendario de Bristol ó del Dr. Ayer; de esos calendarios que *tienen* tantas mentiras como frases y más erratas que palabras.

El mundo está lleno de seres generosos y los boticarios son generosos... *per accidens*.

Tuy, Noviembre de 1890.

IGNACIO GARCIA SANCHEZ.



(DE UNA COMEDIA INÉDITA.)

ACTO 2.º

Escena XIII.

CLARA.

(Al salir vé la carta que Jenaro há dejado inadvertidamente en el entredós)

Pero.... ¿qué es esto?

Una carta! (*Examinándola.*) Y de mujer, por la letra. (*Pausa corta*) No adivino! «A las nueve.» (*Como rechazando un pensamiento doloroso.*) ¡Desatino

semejante! ¡Qué ha de ser!
¿Y la firma? Si, muy raro!
«Urgente» Siento un anhelo indecible! Si Consuelo....
No se que me dijo Amparo de ella hablando cierto dia, de posible ingratitud.
Más dudar de su virtud sin pruebas... ¡Yo no lo haria! (*Pausa*)
Ella ceder al influjo del vicio,... Tan recatada, tan humilde, tan honrada!...

Cierto que viste con lujo
 y que nadie sabe donde
 los recursos ha encontrado...
 Pero a-hacer al pecado
 su origen, porque se esconde!... (Pausa)
 Y puede ser!... Vamos, calma!
 En tal caso... Esta sospecha
 como envenenada flecha
 se va clavando en mi alma!
 De pensarlo, los enojos
 mi ser invadiendo van,
 y el fuego de su volcan
 abrasa y ciega mis ojos. (Pausa corta)
 Pero tamaña traición
 en Jenaro... ¡No lo creo!
 Y ¿por qué no si lo veo?
 ¡Si Amparo tendrá razón!
 Si todos por un nivel
 infames y fementidos
 merecerán ser medidos!
 ¿No le acusa este papel?
 ¿No es prueba de su falsía?
 De mi desgracia naciente
 ¿no es testimonio evidente?
 ¡Oh, dadme luz, Virgen mia!
 A través de estos renglones
 desiguales, me figuro,
 ver rota por modo impuro
 la unión de dos corazones;
 que destruidos los lazos
 que nos ligan, va á buscar
 calor en el lupanar,
 caricias en otros brazos;
 que á mi pasión acendrada,
 prefiera de una manceba
 el frio beso que le lleva,
 bacante desfachatada,
 al lecho donde el amor
 se trueca en vil mercancía,
 y donde á espaldas del dia
 se refugia el deshonor;
 que usurpa el crimen rapaz
 mis derechos, y me arroja,
 para burlar mi congoja,
 con insolencia procaz
 al rostro su carcajada
 estúpida y miserable,
 que viene á herirme, implacable,
 como el filo de una espada!
 Oh, pienso que voy á odiarlos,
 y no sé si desvario.
 ¡Un rayo de luz, Dios mio!

FOLK-LORE GALLEGO.

OS APARECIDOS.

II.

Non é San Lourenzo de Santiago úneca-
 mente memorable pol obispo de Zamóra
 dón Martiño Árias, santiagués, fundador, á
 principios d' o século XIII, d' o *eremitorio*
 d' aquél' advocacion, e d' a casa contigua,
 mórtó 'n éla e 'n esta igreja enterrado; nin
 pol o *nigromante* bispo de Compostéla dón
 Pedro Muñiz, aquí recluso por aquel tem-
 po; nin pol o franciscano d' este convento
 d' eles, fray Gonzalvo Mariño, d' a rama
 nóbre d' os cóndes d' Altamira; nin pol o
 patronato qu' esta casa condal chegou aquí
 á exercer pol as divérsas e boas limónas
 que lles fixo e donazons que lles concedeu
 á os seus recoletos freires; nin pol a aactual
metamórfosis d' a igreja en panteon de fa-
 milia, con moimentos de mármore d' altíse-
 mo valor artístico, e d' o grave mosteiro en
 palacio risoño, ducal sitio de recreyo d' a
 nobilísima duquesa de Medina de las To-
 rres, d' a cepa ilustre e régia d' a padroeira
 casa d' Altamira, que costeou e levantou
 aquí óbras como a d' os *clastros*, *cuarto*
d' os cóndes, *sagristía*, etc., que donou, sí,
 á 'queles freires e convento, solares, tarreos,
 carvalleiras e pinales; pero en tauto canto
 durase o convento c' os freires 'n aquel
 sitio; péro non, se se mudaban, por calquer
 evento, para outro, ou se se extinguían,
 porque enton volverían todos estos béns ó
 condado: vede se tiñan longos é bons nari-
 ces ja os condes d' o tempío aquel.

San Lourenzo co' as suas froitíferas hór-
 tas, buxos recortados, jardins d' hórteñsias,
 fresquiseimas fontes, sombrizas robredas e
 suas inmediacions, rios, regatos, prados,
 tibeiras e veciños montes é ademáis no-
 tabres non sólo pol as suas armonías 'n
 aquel silencio, soledá e vistas apacibres que
 convidan á meditacion e ó studio, senon
 pol-o *folk-lore gallego* 'n a parte d' os *apa-
 recidos*, que vimos conmemorando.

Éra unha noite crarísema de luna. Nos
 muñños de Santa Crara, d' a ribeira de San
 Lourenzo, achábase moí enfermío un d'
 aqueles muññeiros, tanto que pedía con
 grandes instancias e cramores que lle trou-
 xesen o confesor frai Manuel que o auxi-
 liase.

Botaron á andar pol as corredoiras arri-
 ba para o convento duas mulleriñas d' as
 que acompañaban á mullér d' o enfermío
 e á este mismo. Pasaba d' a media noite.

Cando traspuxeron o camiño é corredoira

Pi Comon Rey Diaz

que vai subindo por riba d' a fonte Moreira hastr' as Barreiras, á man direita, 'n un ribaziño e arrimad' ó valo, acharon sentado un frade ó parecer, pol os hábitos, d' o convento á onde iban, e con intención de perguntarlle se o padre frai Manoel quedaba 'n o convento, comenzaron a interrogación decíndolle mansiñamente ¿que hóra sería?—*¡La una!* contestou él secamente, amostrando uns dentes que nin os d' o pecado.

Aterráronse, e sin facerlle máis pregunta algunha e sin mirar par' atrás, déron á canéla e meteron-se pol a primeira rua de casiñas turreñas que van dar ó campo de San Lourenzo donde á poucos pasos andados, antre as primeiras sombras d' a carvalleira, alcontraron outro frade á quén, por entrar en conversación para perguntarlle pol o padre frai Manoel, lle dixeron: Ai señor, ahí detrás 'n as Barreiras alcontramos outro frade e perguntándolle que hóra éra, dixonos que éra *a unha*; pero amostrándonos uns dentes que nos causaron bóo medo.—*¡Eran como estos!* e insinoulllos, e éran os mesmos; por onde viñéron en coñecemento de quén éra somellante frade.

Comonicoulles Dios algun alento e dándolles a espaldra *ó trasno*, que outra cousa non éra, botaron cara ó convento pol a cerca adiante, déron' na portaría, petaron moi fórte c' un callau, veu o frade porteiro, e algun tempo dempois salíu o padre frai Manoel acompañado d' un frade corista, que botaron á andar para os muíños de Santa Crara, sin ver ningún outro frade en tod' o camiño.

O que quería o *trasno* éra impedirll' a confesion ó muíneiro que agonizaba.

Outra noite despertou unha panadeira d' o campo de San Lourenzo, e membróuselle que tiña que ir a catar auga para amasar.

Levantouse d' a cama, colleu a sella ou caldeira e foise a collel a fresquísima e gustosa auga d' a fonte d' o mesmo campo de San Lourenzo, e cando ja s' iba acercando á tal fonte, alcontrouse c' un frade que andaba paseando antr' os carvallos d' a carvalleira.

Non s' intimidou, anqu' éra media noite ben pasada, e hastra s' astreveu á interrogarlle decíndolle: ¿Padre, por aquí tan tarde!—*¡¡Vengo de confesar!*!! contestou ele; pero dixó esto con voz tan tenebrosa que á próbe d' a muller non lle quedou gana de facerlle máis pregunta algunha, siguiu o seu camiño, colleu a sua auga, botou unha jerrada d' éla ó corpo e a caldeira á cabeza, e dou vólta pr' a casa sin topar de nóvo aquel frade confesor d' os avernos.

Tiña por oujéto meterll' unha grima' n o corpo, que a fixés' enfermar e morrer. Valíulle Dios que aínda esta femia non éra d' as máis aqueladas e non fixo nada con éla o *trasno* 'n esta ocasión.

Outra vez subía unha moza de noite, pero moi tarde pol a congostra que vén d' os muíños de Jan Lapa 'n a ribeira de San Lourenzo, par' as Barreiras por antr' os agros que régan as agoas d' o cano d' o convento e as d' a fonte dita, e os d' o lugar é hórta d' o labrador Angelo.

A rapaza viña sóla d' o muíño c' o seu sacco de fariña 'na cabeza, e ben cargada, catro ferradol' o menos. Era noite de luna crárisena e ó sobir e acabar a calzada ou rampa d' a congostra, devisou un frade que estaba sentado 'n o verde ribazo, arrentres d' o camiño á man directa sobindo, tendo á espaldra o muíño ou valado d' as Barreiras pol o lado non d' o monte, senon d' a leira d' o bebedeiro d' os paxaros de detrás d' a fonte de San Lourenzo.

Chamoulle a atención o incrinado que staba o bo do frade collendo un pé descalzo (con perdon) e tan serena, perguntouille:—Ai, padre, ¿e vosté que fai?—*Estou quitando unha espiña*, respondeu él—¿E con qué? lle reprecou éla (porque ja diante d' el, non lle percebía agulla ningunha con que o fixése). E sal él e dille: *C' un fungueiro d' un carro*.

Hóubelle de pegar a éla a risa co' a contestación: pero non parecendo-lle prudente outra cousa, botou á andar máis de presa, anque póde dicirse que non s' habia detido, pro é' algo curiosa: non deixou aínda de perguntarlle ó frade, sin volver cara atrás: ¿E vosté ve?—O que lle contestou él: *¡Vecho, vecho!* con voz destemperada.

Apretou o paso a moza e non s' atopou tranquila hastra que chegou á casa de seus páis onde contou a aparición que tiña por todo fin, asustala.

'N outra noite préto d' o mesmo sitio d' as Carreiras, 'n a congostra aquéla de que ja falamos, indo para os mesmos muíños, baixaban uns cantos hómies e mulléres d' o barrio de San Lourenzo con sacos de trigo para moer, pois corría presa, que viñan unhas féstas e había que cocer moito pan.

A noit' era escura, pero non tanto que os fixése á uns e outros perdel o camiño, ademáis que iban juntos e todos eran convécifios, parentes e amigólos.

Máis ó entrar 'n a congostra comezou tal ruído de podadura 'n as árbores de loureiro, salgueiros e vieiteiros d' ambos lados que sobían d' a cerca d' Angelo e d' a d' o seu frente, que aquilo parecía que todol os po-

dadadores de Galicia se déran cita para vir esta noite aquí á podar; de modo e de maneira que caían polans á térra por dentro é para fora d' os agros ou herdás, que era un verdadeiro deluvio de leña, e parecía tamén que hastra quedarían atalladol os camiñantes e ferían que volverse atrás e tomar pol a corredeira de máis arriba que vai á fonte Moreira e outros camiños, fogindo d' o perigoso atranco.

Máis 'n hoube necesidá porque alí onde se lles fegurab' á todos que máis carros, montes e montons de leñ' habería, nad' atopaban ó paso 'n as caras nin debaixo d' os pés. De onde todos deduxéron que aquilo sólo ruidos éran, e astrusias e endrômenas d' o *trasno* ou d' o pecado, co' as intencions que de cote lle asisten para ten-

tar e atormentar ás criaturas, aínda antes de que a morte chegue á sorprendelas.

Volveron por alí co' as suas moveduras ó seguinte día pol a miñán bén cedo, pró todo estaba sau e intauto 'n a ramag' espesa d' aquela congostra; nin cativa racha de póla, nin pequeno ramallo, e hastra nin unha triste folla de loureiro caera 'n as sylvas nin 'n o chau, de tod' aquela barahunda e barbaridá de loureiros e domáis árberes podados e destruidos 'n a noit' anterior; tan aseogada e tranquila, por outro lado, que nin siquéra facía miaja de vento que os poidéra enganar c' o barullo; somelland' os violentos golpes d' a podadura.

Cousas verdadeiramente d' o *trasno*.

A Cruña.

Antonio de la Herrería

EPITAFIOS

I

Aquí tienes á Juan Sancha,
saltimbanqui jubilado,
haciendo la última plancha.

II

¡Nunca con los brazos que los!
Los cuartos que dejó fuera
el usurero Escalera
contando está por los de los.

III

Abita en este panteón,
Don *Helecterio* Avefría,
académico que *acia*
cada año una edición
del Manual de *Hortografía*.

IV

El jorobado Arroba.....
¡Que le sea ligera..... la jorobal

V

Un relojero famoso
tienes, cristiano, á tus piés.
Le tiene asaz cuidadoso
el no saber que hora es.

VI

Yace aquí un contribuyente,
que pega diente con diente
y á los diablos se encomienda,
porque está su nicho enfrente
del de un ministro de Hacienda.

VII

Yace aquí Don Justo Azismo,
que se murió en un banquete
de empacho..... de patriotismo.

VIII

«Aunque mi yo ya murió,
»existe este yo latente
»en otro yo diferente
»del que formo parte yo.
»Á la razón no hago agravio:
»mi vida propia perdida
»es nueva forma de vida.....»
Este reventó de sabio.

IX

Un can acostado indica
de un matrimonio la fosa.
—¿Es emblema de cariño?
—¡No señor. ¡Es de hidrofobia!

Francisco Muruais

EL HOMBRE DE LA FOCA.

CONTINUACIÓN.

IV.

Hallábase el padre de Roquín en el día siguiente al de tal escándalo, ejerciendo su oficio de albañil en el arsenal cuando un peón subiéndolo y gateando por los andáminos le dijo á una distancia en que ya era perceptible la voz:

—¡Señor Pedroooo!... ¡señor Pedroooo! en el pátio dos caballeros preguntan por usted... que dos caballeros preguntan por usted...

Dejó el señor Pedro su pala y su brocha sobre el tablón; púsose la chaqueta y descendió hasta llegar junto al mozo que tal recado le diera.

—¿Quiénes son? ¿qué me quieren?—preguntóle de mal talante.

—Yo no sé,—contestó el aprendiz— preguntan por el señor Pedro... ¡

Y sin aguardar más, encaminóse hacia el pátio el albañil, algo preocupado de tal visita. Vió en el patio á dos caballeros que se paseaban, los cuales se detuvieron al aproximarse á ellos el señor Pedro. Quitóse éste humildemente la gorra de paño; aquellos le exigieron que se cubriese y dijo uno de ellos, D. Pablito, el cura de la armada:

—Hemos llamado á usted para pedirle un favor.

—No sé...—dijo el albañil sorprendido en extremo.

—Ante todo—prosiguió D. Pablo— para café. Y depositó en la mano del albañil dos duros nuevecitos, flamantes que produjeron efecto mágico en el Sr. Pedro.

—¿Y qué favor es?—dijo el albañil apretando en su mano el dinero.

¿Usted conoce á D. Matias? ¿á D. Matias Ferreyro? ¿el que tiene tienda...

—Sí señor... sí señor... sí... el que está en la esquina...

Ese mismo. Pues bien; va usted hoy mismo á su casa: le dice usted que sabe que ayer con un clavo agujereó la piel de foca en que está metido Roquín...

—¿Roquín? ¿mi hijo? ¿en qué piel?... preguntó lleno de asombro el Sr. Pedro.

—No hombre no, no está Roquín en ninguna piel—dijo el cura— es que D. Matias cree que la foca que hay en este pueblo es Roquín metido en una piel, y ayer con un clavo quiso agujerearla.

—¡Ah... ya! Mas si llega á estar dentro...

—Va usted á su casa y le pide usted por favor que no vuelva á hacer lo de anoche

pues Roquín se gana la vida con los 10 reales que le da el francés.

—Pero... ¿y cuándo sepa que Roquín no está... qué dirá de mí?

—Nada, hombre, nada. Vaya usted y no tenga cuidado que ya lo arreglaremos.

Marchóse el albañil á la tienda de D. Matias. Hallábase éste haciendo cucuruchos de papel de estraza para encerrar medias libras de azúcar, y tan pronto le vió, le dijo en tono ágrico y despreciativo.

—Anda, mal padre, bribón, que dejas á tu hijo que coja una reuma ¡lástima de pailos... pilló! ¿Qué quieres?

—Quería, D. Matias,—dijo socarronamente el albañil— que no volviera usted á hacer lo de ayer...

—¿Lo de meterle el pincho?—esclamó el tendero— ¿verdá que es tu hijo? ¿verdá que es Roquín?

—Si señor... ya ve usted, le da el franchute 10 reales... y medio peso es medio peso.

—Si, si,—dijo ya más compasivo D. Matias— pero tambien puede coger una alferesía ó quedarse baldado. Aquella humedad no debe ser buena para nadie.

—A él no le pasa nada. Pues por Dios le pido, D. Matias que no vuelva otra vez con el pincho porque ayer le pinchó un poco...

—Bueno, bueno, basta que me lo pidas por favor para no hacer yo nada. Allá se las haigan el franchute y la gente. Anda con Dios... ¡ah! dí tú—gritó el tendero cuando ya el Sr. Pedro salía á la calle—mándame por aquí á aquel que cura las tersianas y las calenturas con agua fría. No me hallo bueno desde hace unos días... los médicos son unos burros...

—Déjese de médicos y de medicinas... el Sr. Santiago le ha de curar hoy bien... ayer á una niña de siete años que estaba, vamos al decir, para el campo santo, le dió un vaso de agua, le echó una bendición al agua ¡y arriba! se la bebió la muchacha y hoy ya está más bien... un médico la mataba, si señor... con tantos unjuentos y senapismos...

—Pues mándalo aquí... ¿oyes? ¡no tolvides!

Y salió el Sr. Pedro dejando á D. Matias en su ingrata tarea de hacer cucuruchos.

V.

El Sr. Santiago era un curandero de gran fama entre cierta clase de gente de la ciudad departamental. Cuando una chica de catorce á veinte años se hallaba descolorida, inapetente, triste y meditando, llamaban sus padres al Sr. Santiago y éste les decía que tenía el *calleiro* ó que era preciso le-

vantarle la *paletilla*. En ambos casos se tendía á la muchacha sobre una mesa, cuidando bien de que estuviera lo más estirada posible, se la levantaban los brazos haciendo que juntaran las palmas de las manos y si las yemas de los dedos de una mano no coincidían perfectamente con las análogas de la opuesta, la mocita tenía el *calleiro*, y había que levantarla la *paletilla* cuando en la posición horizontal requerida sentía fuertes dolores en la espalda. Para el *calleiro*, necesitaba el Sr. Santiago un vientre de carnero arrancado del animal vivo, y para la *paletilla* una bisma que cubriera toda la espalda desde el cuello á la cintura.

Esta era su única farmacopea, pues para las demás enfermedades usaba única y exclusivamente el agua con unas cuantas bendiciones suyas y unas oraciones murmuradas sobre la superficie del agua y en la que algunas veces introducía algún pelo de su cerdoso y sucio bigote. Creía más el pueblo en todas estas farsas que en el más afamado médico, y hubo comadre que aseguró que á un hijo suyo, cojo de nacimiento, se le había estirado la pierna y puesto igual á la otra desde el mismo momento en que la frotara con el agua bendecida por el *apóstol*. Enfermos del hígado, del corazón, del estómago, del vientre los había á millares curados por él; además, nada exigía por su trabajo, contentábase con lo que quisieran darle y aumentaba su fama y su prestigio dando á un pobre hambriento (por supuesto delante de gente) la hoja de bacalao ó la media libra de carne que le habían regalado por la consulta anterior.

Vivía el tal en una de las calles excéntricas del pueblo; formábase una inmensa *cola* en la puerta de su casa, y cuando salía á visitar á algún ricachón zafío é ignorante, seguía la multitud encomiando su sabiduría y haciendo rabiarse á los médicos que se habían quemado las pestañas estudiando lo que rechazaba el vulgo.

—Sr. Santiago... por el alma de su padre... esta niñita que se me muere... no quiere mamar...—diariamente le decían las madres de criaturas encanijadas y anémicas. Y el Sr. Santiago bendecía el agua y murmuraba las oraciones, y hacía tragar á pesar de su resistencia el agua á los mamones.

Cuando el *apóstol* salió de su casa para visitar á D. Matías, seguían tras él gritando y encomiando sus virtudes doscientas ó más personas que no habían podido verle en su habitación para consultar y exponer sus enfermedades y miserias.

—¡Bendito seas! ¡vales más que todos los médicos!—¡Si cura todo, todo, hasta curó la rabia á un perro que yo tenía!— ¡Bendita sea la madre que te parió!—¡Y no

le quieren dejar trabajar!—¡Por qué es amigo de los pobres!—¡Lástima de morcilla á todos los médicos!—Y estas y otras frases parecidas surgían de los labios de la multitud fanática que formaba una corte adulatoria y creyentísima del *apóstol*.

Llegó éste á casa de D. Matías: no bien puso los piés en el umbral de la puerta, los dependientes de la autoridad municipal tuvieron que contener aquella muchedumbre que, ansiosa de besar la mugrienta chaqueta y el pantalón deshilachado y asqueroso del milagrero, pugnaban por entrar en la tienda para abrazarle, besarle y casi, casi, destrozarle. ¡Miseria humanidad y cuantos errores se albergan en tu seno!

Gracias á los agentes del municipio pudo el *apóstol*, que era un hombre vulgarísimo, de cincuenta y tres años, cantero de profesión, sin instrucción alguna, puesto que ni leer sabía, entrar en la casa del tendero. Hallábase éste acostado en un zaquizamí de la trastienda, bajo la escalera que conducía al piso principal. Su lecho era un catre desvencijado y roto sobre el que habían puesto un colchón abundante en remiendos pero no en lana; unas sábanas que carecían de blancura y suavidad y un cobertor que parecía afeitado de puro reluciente por el uso, cubrían el cuerpo medio vestido de D. Matías. La cabeza de éste apoyábase sobre un saquete relleno de trapos y desperdicios de la tienda.

Dormitaba el viejo cuando entró el *apóstol*. Tocóle ligera mente en un hombro y el tendero abrió tarda y perezosamente los ojos, cuya mirada fijó profundamente en el semblante del recién venido.

—¿Qué hay?—dijo D. Matías—¿qué que-redes?... ¡Toribio!—gritó creyendo que acaso fuera un ladrón el que allí se presentaba.

—Es el Sr. Santiago—dijo el dependiente que estaba junto á la puerta—viene á curarle á usted, lo ha mandado el Sr. Pedro.

—¡Ah... sí! ¡sientese... sientese! ¡trae una copa de anís, Toribio! ¡y también unas galletas!—exclamó el tendero ya tranquilo y casi alegre de la visita.

—No... no tomo nada, D. Matías—tartamudeó el *apóstol*—estoy desayunado.

—Pois labrirá lapitito—dijo el viejo—ya verá que anís.

(Se concluirá.)

Manuel López Alvarado

¡O PRÉMEO GORDO DE NAVIDÁ!



Unha meiga certo día
 En qu' as cartas me botou,
 —¡Vaich' á tocar!—escramóu.
 —¿Un pau?—¡Non; a lotería!

¡N' hai volta! Un cabalo eiqui
 D' ouros, vench' ó derredeiro:
 E os ouros son o diñeiro.
 —¿Y-o cabalo?—¡Ese eres ti!



Meus consellos non son malos;
 Xoga, e levarás ventaxa,
 Pois d' o mundo n' a baraxa
 Quén trunfa... sonch' os cabalos.

Eu dinll' as gráceas, marchei
 A cumprir seus mandamentos,
 Y-ó quince mil setecentos
 Coarenta e oito, xoguei.



¡Bó número si me toca
 A min o millor d' a caza;
 Pero si non fago baza
 Ese xogo bèn m' amoca!

Tan craro o lério non vexo
 Que xa conte co-el n' as mans:
 ¡Somos cincoenta mil cans
 E non hai mais qu' un conexol



Pró n' importa: estou de chós,
 E d' esta venme de fixo;
 Pois como dixo.... quen quixo,
 ¡De menos nos fixo Dios!

¡Prémeco gordo: de contado
 Chega, que de pé t' espero!
 ¡De pé, si, porque non quero
 Ter qu' esperarte sentado!

Xoguei dés pesetas solas;
 Mais si ti vés, prémeco gordo,
 Este conto é para un xordo:
 ¡Adios monteira e cirolas!

Qu' os cartos han d' ir pr' o Banco,
 Y-eu ei de vestir de fino:
 Leviton e bombardino
 E crobata e coello branco.

E si me deixo o bigote
 Para meter mais rispeto,
 Heino de pintar de preto
 Con tinta e mais con cerote.



Iten mais: tamen m' obrigo
 A tomar durant' un ano,
 Si Dios me conserva sano,
 Viño á pasto e pan de trigo.

¡Que' vida, si antes non morro!
 ¡Nin a d' un señor marques:
 N'a cama sempr' hastr' as dés
 De camisolin e gorro:

E un criado que me trate
 Como si fora ó sultan,
 E diga pol-a mañan:
 «¡Siñorito: el chicolate!

¡E que casa e que vestidos!
 ¡Si a cousa bèn se presenta
 Hastr' as vacas e a parenta
 Han de poñer recollidos!

O meu porco tén que vir
N' unhas andas para enriba,
!Pois empenño en que viva
N' a sala de recibir!

Porqu' é un vicho tan bunito
Que lle teño lei... ¡e xá
Deputado m' o fará
Don Antón por un destrito!

¡Si saí o gordo, abofellas
Como me vén Dios á ver!
¡Que sofases hei de ter
E que de mantas bermellas!

¡N' a espeteira louza fina,
N' as mesas potes con frores!
¡En fin, estarei siñores,
Millor qu' o rei n' unha tina!

¿E as mulleres? ¡Nunc' as vin
Como prá enton penso velas!
¡Han d' andar como cadelas
Todas xuntas atrás min!



Pero, con tal que me pete,
Calquer dia vou e... ¡zapa!
¡Pidolle premiso ó papa
Para casarme con sete!

Que di: «Chico n' hay tu tial»
Pois bèn: n' aquel mésmo instante
De babuchas e trubante
Márchome pr' a Moureria.



Pero ¿que digo? ¡eu toleo
Com' unha e duas son tres!
¡Eind' hoxe estamos á dés,
Y-o vintetrés é o sorteo!

¡Xa sei que Dios me perdona!
¡Esto e falar por falar!
¡Total, que vin á botar
As contas... sin a patrona!



¡Si eso non vén, Diol-o fenda;
E sinon, que vala o dito!
Ratificase o infrascrito
Lucas Gomes (con enmenda)

V. B.

ENRIQUE LABARTA POSE.

CHARADAS.

1.^a

Dos agrada el *dos* *tercero*,
Porque *prima* un gran bocado,
Si con *todo* preparado
Lo pone un buen cocinero.

2.^a

Quando *cuarta* segunda
De mi catarro,
Pienso comprar á *todo*
Por sus cuidados,
Una gran bata
De *prima dos* *tercera*
Color *tres* *cuarta*.

La solución en el próximo número.

Solución á las charadas publicadas
en el número anterior:

Carnero. -- Felipe.

Santiago: Imp. de José M. Paredes.

LA PEQUEÑA PATRIA

REVISTA DE

Literatura Ciencias y

ARTES.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Santiago.—Una peseta al mes.

Resto de la Península.—3 pesetas 50 céntimos trimestre.

Ultramar y extranjero.—3 pesos fuertes semestre.

Centro de suscripción en Santiago

Rua del Villar, 23. (Adm.^{na} de Loterías.)

No se servirán las suscripciones si no acompaña su importe adelantado en libranzas de Giro mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo de 15 céntimos

El que se suscriba por 25 ejemplares obtendrá una rebaja del 25 por 100

Administración

Carretas. 7

Esta Revista en la que colaboran los mas notables escritores y artistas de Galicia, aparece los dias 10, 20 y 30 de cada mes. en números de diez y seis páginas formando á fin de año un voluminoso tomo, para el que se repartirán anticipadamente á los suscriptores el indice y por tada correspondientes.

Publicanse en ella retratos y biografías de gallegos distinguidos, piezas musicales de tres en tres meses, y grabados, de cuando en vez, reproduciendo escenas, paisajes, costumbres, monumentos ú obras de arte, que por cualquier concepto merezcan los honores de la publicación.

REDACCION.—Carretas 20.—SANTIAGO

GALICIA HUMORISTICA

REVISTA QUINCENAL

DE

costumbres, cuentos, agudezas, anécdotas y tipos gallegos—novelas homeopáticas y poesías festivas—ciencias y artes (desde el punto de vista cómico).—Acertijos, cantos populares, charadas y geroglíficos.

El primer tomo de esta Revista, que constituye un volumen de 400 páginas con abundante lectura, grabados y piezas musicales, se halla de venta en la Administración de **La Pequeña Patria**, al precio de 6 pesetas para los suscriptores, y de 7 pesetas y 50 céntimos para los que no lo son

BALSAMO DE FIERABRAS

COLECCIÓN DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS

POR

ENRIQUE LABARTA POSE.

Véndese este libro al precio de 2 pesetas 50 céntimos, para los suscriptores á **La Pequeña Patria**, y al de 4 pesetas para los que no lo son.

Los pedidos al autor,

Carretas 20.—Santiago.